

LITERATURASM.COM

Primera edición: febrero de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz Coordinación editorial: Paloma Muiña

Coordinación gráfica: Lara Peces y Marta Mesa

© del texto: Pedro Mañas, 2018

© de las ilustraciones: Luján Fernández, 2018

© Ediciones SM, 2018 Impresores, 2 Parque Empresarial Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403 e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-311-6 Depósito legal: M-33814-2017 Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear alaún fragmento de esta obra.







¡Aquí estoy otra vez, por las barbas de Neptuno! Huy, disculpa... Es que, de tanto navegar, se me está pegando el lenguaje marinero.

Y también parezco estar olvidando mis modales.

¡Capitana Nuna, a tu servicio!

Pues sí, resulta que ahora las Princesas Dragón somos dueñas y capitanas de un nuevo barco. Bueno, más bien éramos, porque...

Ay, a lo mejor no te estás enterando de nada.

Déjame que te hable primero de nuestra tripulación.

Somos tres princesas con poderes y un príncipe que se hicieron amigos por casualidad. Viajamos por los Cuatro Reinos con nuestros dos dragoncitos luchando por mantener la paz. Y, de paso, metiéndonos en líos.

En primer lugar está Bamba, la Princesa del Oeste. Escupe fuego por la boca y en medio minuto te asa una merluza. Koko, la Princesa del Sur, es más fuerte que un pulpo gigante. E igual de cabezota.

Y yo vuelo como una gaviota sobre las olas.

También está el príncipe Rosko, que... bueno, que es majísimo.

Loro pirata no tenemos, pero está Gumi, el dragón blanco que nos otorgó poderes. Echándole imaginación, podría parecer un loro. Su hermano gemelo Migu se volvió multicolor a causa de un hechizo. Él me recuerda más a un papagayo.

Peludo, pero papagayo.

En cuanto a nuestro nuevo barco, fue un regalo del padre de Bamba, el Rey del Oeste.





En cuanto a mí, solía ocultarme en la biblioteca para hacer lo que más me gusta, mi verdadero superpoder: ¡leer cientos de libros!

Lo que ocurre es que la realidad no es como los libros. ¡Resulta mucho más peligrosa!

Yo, por ejemplo, siempre había querido vivir un cuento de hadas.

Hasta que lo viví. Entonces se me pasaron las ganas.

En nuestro último libro, Bamba explicó cómo nos enfrentamos a unas hadas que, en vez de lanzarnos polvos mágicos, querían lanzarnos por la borda.

Menos mal que todo terminó bien.





El puerto del Oeste parecía un hormiguero.

Las hormigas, claro, éramos nosotras. Con corona en vez de antenas, pero hormigas. Y de esas rojas que pican.

-¿Más libritos? -me picó Koko al verme subir al barco siete diccionarios.

-¿Más armitas? –la piqué yo cuando la vi arrastrando una maza de acero por cubierta. O sea, una bola con pinchos atada a un palo y más grande que su cabeza. E igual de dura.

El padre de Bamba, que es formidable, había hecho cargar la bodega con un montón de cosas ricas para el viaje. Además, nos había advertido que lleváramos solo lo imprescindible. Si lo cargábamos demasiado, convertiríamos el barco en un submarino.

También nos dio permiso para coger del castillo lo que necesitásemos. Yo había vaciado media biblioteca y Koko había dejado las armaduras en paños menores.

-¿Υ si nos αταcα un tiburón? –gruñó Koko-. ¡Las armas son imprescindibles!

-iLos diccionarios también! -protesté-. ¿Y si no sabes si «tiburón» va con be o con uve?

Gumi se puso de mi parte y se hizo pis sobre la bola con pinchos, pero Migu apoyó a Koko y, ¡chof, chof!, dos de mis libros cayeron al mar como medusas de papel.



-¡Yα vale! –ordenó Bamba, abriéndose paso-. ¡A este paso, no saldremos nunca!

Ella, más que una hormiga, parecía una avispa furiosa. Aún le dolía la traición de los bandidos. Por si no lo sabes, está coladita por Kun.

El último en subir a bordo fue Rosko, que estaba mustio como una lombriz.

En su equipaje solo llevaba ropa, sus pinturas y una vieja botella de cristal. La misma que habían traído las olas con un mensaje de su madre:







¡Ah, la vida marinera!

El aire puro, los paisajes, la tranquilidad...

Bueno, lo que es tranquilidad, en nuestro barco duró unos diez minutos.

Estaba yo acodada en la proa, mostrando a los dragoncitos el sereno mar del Oeste.

De repente, oí la voz de Bamba a mi espalda:

- -El galeón es un regalo de mi padre -soltó-, así que me pido ser capitana.
 - -¿Ah, sí? -rio Koko-. Y si yo no te dejo, ¿qué harás?
- -Prender las velas de un fogonazo y convertir el barco en un pastel de cumpleaños.

A veces no se sabe si la princesa rosa habla en broma o en serio. Pero aceptamos que fuera la capitana, por si las moscas. O por si las gambas, como decimos en el mar.



Antes que nada, Bamba quería componer un himno que acobardase a nuestros enemigos.

Así que, una vez tuvo el mando, se empeñó en hacernos ensayar a voz en grito y a pleno sol toda la mañana.

-iPrincesas Dragón! –berreaba–. iListas como anguilas, fuertes cual salmón!

Al oírla, las gaviotas que planeaban sobre el barco salieron disparadas hacia estribor. Por babor, una bandada de peces voladores huyó brincando entre las olas.

Total, que a mediodía la princesa negra empezó el primer motín.

O sea, que se rebeló contra la capitana.

-Dejadme mandar α mí -gruñó-, o de un puñetazo pongo el barco del revés.

–Bueno –αccedimos entonces, porque Koko nuncα bromeα.

La Princesa del Sur manejaba con destreza el timón. Lo malo era que se lo tomaba demasiado en serio y, al mínimo descuido, pretendía echarnos a los tiburones.

Menos mal que por allí solo había salmonetes.

-iPríncipe al agua! -voceaba, y empujaba a Rosko al mar porque había tensado mal las cuerdas. Luego, claro, lo perdonaba y se tiraba a rescatarlo.

Yo creo que solo lo hacía para demostrarnos que había aprendido a nadar.

¡Jo, pero luego era yo la que tenía que bajar volando a recogerlos!

Al atardecer, y bastante harta de rescates, empecé el segundo motín. Muy educadamente, eso sí.



-Dejadme probar a mí a ser capitana -pedí, y añadí, para acabar de convencerlos-: O me vuelvo volando a tierra firme.

Accedieron con la condición de hacer una fiesta para celebrar la primera noche a bordo.

-Bueno -dije-, pero hay que cantar bajito para no despertar a los peces. Tampoco podéis manchar de zumo la cubierta. A las nueve, todo el mundo a dormir. Y tenéis que...

Entonces me montaron el tercer motín.

-¡Vale, todas seremos capitanas! -chillé cuando Koko quiso meterme en un barril.

